

LA IDEA DE LA VIDA BUENA EN EL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO.
UNA HERMENÉUTICA DE SU EPISTOLARIO

Por Gladys Madriz

gladysmadriz@yahoo.com

Universidad Central de Venezuela y Universidad Simón Rodríguez. Venezuela

RESUMEN

El propósito de este trabajo es dar cuenta de un estudio sobre lo que entiende por vida buena el estudiante universitario mientras se va formando como docente. Metodológicamente hablando, se trata de la realización de una hermenéutica de la vida como obra de sí y del Otro, haciendo una relectura de Séneca y otros filósofos contemporáneos. Como conclusión-aporte fundamental puede señalarse la propuesta de un ejercicio hermenéutico-fenomenológico de fomento de la dimensión personal a través de la problematización del yo y la presencia del Otro en la con-formación de una identidad. Así, el enfoque de la escritura biográfica se convierte en el pre-texto para interrogar la vida de un docente en formación, en la perspectiva de lo que fue y será en un contexto histórico-cultural de referencia. De igual modo, es preciso señalar que de lo que se trata, es de presentar una muestra parcial de una práctica educativa que hemos venido realizando en el aula con la escrituras del yo (autobiografías, epístolas) como tareas académicas y cómo se convierte ésta en un ejercicio de cuidado de sí, cuidado del Otro.

Palabras clave: Vida buena; Hermenéutica; Estudiante universitario; Epistolario

THE IDEA OF THE GOOD LIFE IN THE COLLEGE STUDENT.
A HERMENEUTIC OF THEIR COLLECTED LETTERS

ABSTRACT

The purpose of this paper is to give an account of a study about what a college student mean by good life while it is formed as a teacher. Methodologically speaking, it is the realization of a hermeneutic of life as a work of the self and the other, making a re-reading of Seneca and other contemporary philosophers. The proposal of a hermeneutic-phenomenologic exercise in promotion of the personal dimension through the problematization of the self and the presence of the other in the con-formation of an identity can be noted as fundamental conclusion-contribution. Thus, the approach of biographical writing becomes the pre-text for questioning the life of a teacher in training, in the perspective of what it was and will be in a historical and cultural context of reference. Similarly, it should be noted that what is, is to present a partial sample of an educational practice that we have been doing in the classroom with the writings of the self (autobiographies, Epistles) as academic tasks and how this turns into an exercise in care of self, care of the other.

Key words: Good life; Hermeneutic; College student; Collected letters.

Sea el varón incorrupto y sin dejarse vencer de las cosas externas; sea estimador de sí mismo: sea artífice de su vida, disponiéndose a la buena o mala fortuna; no sea su confianza sin sabiduría, y sin constancia persevere en lo que una vez eligiere, sin que haya cosa que se borre en sus determinaciones. Séneca. *De la vida bienaventurada*.

INTRODUCCIÓN

En el día de hoy, presenciando la cantidad de noticias que dan cuenta del convulsionado mundo en el que nos ha tocado vivir, un mundo de diferencias pasmosas, y de injusticias que rayan en el absurdo, donde nos hemos acostumbrado a revisar la columna de las noticias rojas como si fuera el catálogo de una promoción de venta de camisas, la pregunta sobre el sentido de nuestras vidas aflora nuevamente. Claro, esta pregunta ha estado presente a lo largo de la humanidad, y no por ello es posible decir que tenemos las respuestas. Antes bien, sostenemos que es preciso incluirla en el discurso pedagógico y aún más en la reflexión que como docentes estamos obligados a realizar. Tal y como lo expresa refiriéndose a nuestras sociedades contemporáneas llenas de contradicciones y paradojas:

¿Cómo comprender, por ejemplo, que una sociedad tan rica produzca tanta pobreza? ¿O que una sociedad objetivamente tan segura, protectora, científica y organizada produzca tanta inseguridad, tanta inquietud ante el futuro, tanta pérdida de sentido, tanta ignorancia? ¿Por qué, mientras el derecho y el poder judicial son más poderosos que nunca, el sujeto se siente tan desamparado ante instituciones y empresas hipermodernas? (De Gaulejac, 2009: 11)

Y pudiéramos hacernos más y más preguntas que denotasen lo paradójico que nos resulta esta sociedad y sus inconsistencias. Nancy expresa nuestra confusión con otras palabras, pero con idéntica decepción:

Esta tierra lo es todo, menos un legado de humanidad. Es un mundo que no logra hacer mundo, un mundo enfermo de mundo y de sentido del mundo. Es una enumeración - y de hecho, sólo emerge aquí el número, la proliferación de estos polos de atracción y de repulsión. Es una lista interminable - y de hecho, todo sucede como si nos limitáramos a formularla, en una contabilidad que no arroja el menor balance. Es una letanía- es decir, una oración, pero de puro dolor y de puro delirio, esta protesta que sale a diario de la boca de millones de refugiados, de deportados, de asilados, de mutilados, de hambrientos, de violados, de ejecutados, de excluidos, de exiliados y de expulsados.

Hablo de compasión: pero no se trata de una piedad que se conmoviera a sí misma y que se nutriera de sí. Con- pasión: es el contagio, el contacto de ser los unos con los otros en este tumulto. Ni altruismo, ni identificación: la sacudida de la brutal contigüidad. (2006: 12)

Nancy se queja de que adolecemos de dirección de pensamiento, ¿cómo se dirige al pensamiento?, se pregunta. Pareciera que las respuestas de la filosofía no han bastado. La comprensión, el entendimiento, no nos han hecho más humanos, ni han construido un mundo más vivible. La decepción lo ha invadido todo. No se trata de circunstancias específicas para determinados ámbitos sociales sino que se repiten en todos, incluyendo el educativo. Así, donde debía instalarse una reflexión sobre quiénes somos y hacia dónde marchar, ha sido más fácil dejarse invadir por una racionalidad tecno científica que nada se cuestiona a sí misma, que se maneja en el universo de las estadísticas, arrojando números como si de realidades se tratase, y que concibe la educación como la fabricación y relleno de unos sujetos por no se sabe finalmente, cuántos componentes "del tener, ser y hacer" por jugar con la nomenclatura curricular respectiva, y por supuesto, por seducir y ser seducida (la escuela) con la falsa promesa de que después de todo el esfuerzo nos espera el éxito. Además, estaría la situación de que en la escuela se juega también con

el discurso jurídico, que no hace más que intentar “regular” el comportamiento y que acaba por atontar el pensamiento y la sensibilidad.

Ante todo esto, ¿estamos todavía a tiempo de pensar en otro modo de formar? ¿Es verdad aquella frase de Séneca de que todos queremos ser felices?¹ ¿Y qué entendemos entonces por felicidad? ¿será lo mismo felicidad que *buena vida*? ¿Y cuál es el papel de la persona en la consecución de esta meta?

Motivadas por la temática, se nos ocurrió interrogar a nuestros estudiantes universitarios por los imaginarios que están presentes en ellos en torno a la idea de *vida buena*. Para este estudio que hoy nos ocupa, hemos pedido a nuestros estudiantes de la Universidad Central de Venezuela que escribiesen una carta a destinatarios reales o imaginarios donde contasen sobre su *vida buena* o la falta de ella. La tarea, como era de esperarse, los tomó por sorpresa. No hubo mayores instrucciones, simplemente les dijimos que escribiesen lo que les pareciese, que respondiesen siguiendo más sus sentimientos y apreciaciones subjetivas, sin acudir a sus libros, ni a Internet. Sin embargo, es prudente apuntar, que en estos últimos años y a propósito de una frase que comentase el presidente Chávez sobre el *Buen vivir*, la expresión ha tenido una inusitada difusión en nuestro país. Alrededor de ella, algunos otros slogan se han asumido por parte de alguna de las misiones sociales que se desarrollan en nuestro país, como el caso de la Misión Vivienda Venezuela cuyo slogan es la frase de *vivir viviendo*, de influencia nietzscheana.

1. SOBRE LA VIDA BUENA

Como es bien sabido por todos, la idea de la *vida buena* es harto antigua, rastreándola en el tiempo, hemos llegado a los Estoicos, concretamente a Séneca (año 4 a. C. - 65 d.C.) con su concepción de *vida feliz*. “Todos los hombres, hermano Galión, quieren vivir felices”, dirá el filósofo. Y al tiempo, San Agustín se referirá a lo mismo preguntando “¿Queremos todos nosotros ser felices?”, dando por descontado lo afirmativo de la respuesta. La belleza y el bien moral serán siempre términos sinónimos para Séneca, al igual que la virtud. La belleza moral es armonía, conquista de la libertad del hombre justo y goce perfecto de la vida. El alma de los escritos de Séneca será esta moral desinteresada, que no se rinde al premio ni a la pena. Según Pérez del Río:

Sólo hay dos clases de gentes en nuestro planeta. Y tal vez sea ésta la más sencilla y fundamental clasificación que podría hacerse de la humanidad, disociar a las personas en dos grupos opuestos, de acuerdo con la estimación de posibilidades que cada uno espera tener en la vida: los optimistas y los pesimistas. (Pérez del Río 1984: 9)

En la historia de la filosofía esta disyuntiva no ha dejado de repetirse, es una respuesta a la necesidad del hombre de descifrar su existencia, de saber a qué habrá de atenerse con su vida, conocer y ser fiel a los valores por los cuales se despliega el sentido de su existencia. Sin embargo, la actitud sobre si la vida es buena o mala, o si merece o no nuestra adhesión, las más de las veces, constituye una expresión de la experiencia personal. Regresando a nuestra sencilla clasificación de optimistas y pesimistas, es evidente que en el fondo de esta actitud vital existe una abundante carga biográfica sobre la cual toda persona intenta extraer una noción de la naturaleza humana que aspirará aplicar a todos. Así, podríamos señalar que optimista es

¹ Dice Séneca: “Todos, oh hermano Galión, desean vivir bienaventuradamente; pero andan a ciegas en el conocimiento de aquello que hace bienaventurada la vida; y en tanto grado no es fácil el llegar a conocer cuál lo sea que al que más apresuradamente caminare, desviándose de la verdadera senda y siguiendo la contraria, le vendrá a ser su misma diligencia causa de su mayor apartamiento. Ante todas cosas, pues, hemos de proponer cuál es la que apetece, después mirar por qué medios podremos llegar con mayor presteza a conseguirla, haciendo reflexión en el mismo camino, si fuere derecho, de lo que cada día nos vamos adelantando, y cuánto nos alejamos de aquello a que nos impele nuestro natural apetito”. Véase: Séneca, Lucio Anneo. *Tratados Filosóficos*. (Traducción de Pedro Fernández de Navarrete), Buenos Aires, El Ateneo Editorial, 1952, p. 41.

aquel que confía habitualmente en el cumplimiento de sus previsiones. Hay en el optimista un desorbitado sentimiento de confianza en sí mismo y en el mundo entero (...). El pesimista, por el contrario, oscurece toda idea de porvenir, tiene el triste convencimiento de que todo acabará mal. Sus ideas sombrías son el resultado de un choque con el dolor, el desengaño y la muerte. Cuando los sinsabores de la vida se van acumulando, la consecuencia natural es que las ideas se empobrecen y los deseos de vivir se debilitan. Nada puede servirle de fe ni de consuelo. (Pérez del Río, 1984: 10-11)

Afortunadamente, la experiencia compartida nos dice que en este mundo no hay optimistas ni pesimistas absolutos, se trata de una cuestión de grados; si admitimos que también los pesimistas pueden amar la vida, entonces, podríamos inferir que el problema podría hallarse más bien en una queja por lo efímero de la vida: "Lo que verdaderamente decepciona de la vida es su brevedad; pero nada nos ayuda mejor a vivir que la idea insistente de una muerte próxima. La *meditatio mortis* no nos lleva ya, como en el monje, a la renuncia, sino a desear con más ahínco, a vivir más. La muerte es la mejor alcahuete de la vida" (Pérez del Río, 1984: 17). Es evidente la necesidad de llegar a un equilibrio donde aquel que amando la vida, también esté al mismo tiempo, en buena armonía con la muerte. Pero este equilibrio no es fácil de hallar. Pensemos que desde que se empieza a vivir se tiene conciencia de nuestra vulnerabilidad, esta conciencia de la debilidad propia, crea en nosotros una representación anticipada del peligro, la cual se transforma en miedo y hasta en angustia.

El miedo es la maximidad vivencial, la realidad más fuerte. Casi podría decirse que es la realidad absoluta. Porque el hombre llega a sustraerse a casi todo lo que parecía en su vida estructural e inalienable; y sin embargo, es incapaz de escapar al miedo. Y eso es así porque el miedo, dice Malraux, "surge como una conciencia aguda de su soledad". (Pérez del Río, 1984: 59)

Vencer los sentimientos de soledad, del miedo y hasta de la angustia, serán los acicates de una vida trascendente. En la soledad, en la construcción de un ámbito propio, es donde el ser humano puede proclamar su peculiar individualidad, consciente de que el verdadero sentido de la vida no hay que buscarlo afuera, sino que ha de tratar de iluminarlo en su interior.

2. LA CARTA COMO TEXTO BIOGRÁFICO O DE LITERATURA DEL YO

En realidad, como bien saben, en la antigüedad era frecuente entre los filósofos escribir epístolas como una manera de exponer sus reflexiones sobre temas de diversa naturaleza. Séneca, por ejemplo, escribe en su mayor parte, tratados de dirección espiritual para sus amigos y familiares, en forma de epístolas o exhortaciones consolatorias, en los cuales se trata de aplicar medicina a las enfermedades del ánimo, antes que exponer un sistema ético. Tal y como lo señala Foucault, la epístola cumplía la función de ejercicio o práctica del cuidado de sí, y concretamente, pudiese catalogarse como una de las tecnologías del yo. Por otra parte, la epístola es un género que forma parte de lo que se conoce como literatura del yo, la cual comprende un vasto terreno de escrituras que tienen en común la referencia permanente a la identidad. Sólo que esa identidad, como bien lo señalara Ricoeur, posee un componente *ipse* que con cada relato que realiza el autobiografiado, pareciera ir cambiando.

Justamente, alrededor de este efecto constitutivo, y en un interesante estudio de Butler (2009) sobre el tratamiento foucaultiano en relación con los aspectos éticos de la constitución del sujeto, y específicamente, en cuanto a la confesión que representa la carta o el ejercicio de carta que solicitáramos a nuestros estudiantes, es sobre lo cual quisiéramos referirnos a continuación. El ejercicio epistolar lo vemos en el contexto de los estudios postreros de Foucault, donde el autoexamen no constituye una recriminación de sí mismo, sino una manera de entregarse a un modo público de apariencia. Lo interesante de su señalamiento, es que a través de la carta, no se propone la aparición de un sujeto preconstruido, sino la práctica misma de la constitución de esa identidad que va apareciendo a través de la narración.

La dinámica sería más o menos la siguiente: como la relación con el yo es social y pública, y a riesgo de desafiar convenciones, me convierto en ese yo sólo a través de un movimiento que me lleva fuera de mí misma para trasladarme a una esfera en la cual quedo despojada de mí y constituida al mismo tiempo como sujeto. Quisiéramos apuntar llegados aquí, que en todos los casos estudiados, el sujeto habla de sí, pero siempre en relación con el otro, lo cual hace suponer que siempre se constituye un sujeto en una relación cambiante, en el sentido de intensificarse y apreciarse más un yo que entra en relación con un tú.

De manera que estos ejercicios epistolares, que a continuación presentamos, buscan el hacer pensar, desde el espacio íntimo y protegido del yo, sobre el sentido y significado de nuestras vidas, estimulando la memoria, preparando para la acción, y desarrollando la autenticidad de unos estudiantes que muchas veces, al igual que nosotros, no tienen tiempo, ni espacios para el pensarse.

3. LOS IMAGINARIOS SOBRE LA VIDA BUENA EN LAS CARTAS DE NUESTROS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Debemos comenzar por contextualizar la experiencia que hoy nos ocupa. En el primer período escolar del año 2013, en la asignatura psicopedagogía del plan de estudios de la licenciatura en educación, recibimos un nuevo contingente de estudiantes del Programa Cooperativo de Formación Docente. Este Programa, va dirigido a estudiantes avanzados en otras licenciaturas que ofrece la Universidad Central de Venezuela, y que quieren formarse como docentes en las menciones de: biología, química, física, matemáticas, historia, arte, filosofía, lengua y literatura, ciencias sociales. En esa ocasión, nos reuníamos en el aula de clase con estudiantes de las menciones: lengua y literatura, biología, física, química, matemáticas, historia y filosofía.

Se trata de varones y mujeres, de edades que oscilan entre los veintidós hasta los cuarenta. Al principio del curso le pedimos la elaboración de una carta como la primera de las tareas académicas a realizar a lo largo del mismo, de hecho, nos fue entregada a la semana siguiente. Las instrucciones fueron breves, tal y como apuntamos páginas atrás, simplemente le pedimos que elaborasen una carta a destinatarios reales o imaginarios sobre la temática de la buena vida pero de manera personalizada, es decir, hablar sobre la vida de cada uno y por qué consideraban buena o no, la misma. Aunque les tomó por sorpresa, nadie se negó a realizar el ejercicio. El *corpus* de este trabajo entonces fue de unas veinte epístolas, entre dos a cinco cuartillas cada una, pero se seleccionaron unas siete para el trabajo que nos ocupa; por considerarlas que expresaban la suficiente diversidad de imaginarios.

Comencemos pues a revisarlos. Una estudiante, que llamaremos María, escoge escribir a un niño, su pequeño hijo, quien le pregunta *¿qué es la buena vida o el buen vivir?* A lo que ella le responde con:

Para mí la vida buena es aquella que a pesar de cualquier dificultad que tengas, logres salir adelante, no es fácil, en cualquier momento de nuestras vidas debemos sacar fuerzas y seguir adelante, para disfrutar de todas las cosas maravillosas que nos brinda el estar vivos, cosas sencillas como el canto de los pájaros, el amanecer, el rocío de la lluvia, como tu mirada, tus tiernos abrazos.

Y María termina su carta con este párrafo:

He aprendido que tengo mucho que aprender. La gente olvidará lo que diste, lo que hiciste, pero nunca el cómo los hiciste sentir. Por eso dale un abrazo a tus padres (...)

Quisiéramos referirnos a algunas de las frases de María. En primer lugar, pareciera que María equipara la buena vida con la idea de *fortaleza* y *coraje*. Lo que parece estar detrás de su mensaje es una suerte de advertencia sobre que la vida es dura, pero que es posible sobrellevarla. Esto nos recuerda la importancia que se le ha dado a la virtud de la templanza del carácter, que no dureza, ni mucho menos insensibilidad, porque eso sería incompatible con la idea siguiente que nos

expresa María sobre el disfrutar de las cosas sencillas y “maravillosas que nos brinda el estar vivos”. Luego estaría la hermosa frase de “he aprendido que tengo mucho que aprender”. Esta actitud de apertura ante lo que la vida puede enseñar, complementa la anterior del disfrute de las cosas buenas y sencillas. Y sobre todo, nos interesa revisar la profunda enseñanza que María, como madre, intenta transmitir a su hijo con aquello de que la gente no olvida el “cómo les hiciste sentir”. Creo que hay toda una ética encerrada en esta pequeña frase. Nos invita a reconocer que la vida se vive entre otros, y que estos otros te reconocerán por lo que les hagas sentir, es decir, que la relación no se establecería sólo en el plano de la utilidad, de la ganancia ególatra, sino en la autenticidad del mostrarte como quien eres, un ser sensible, emotivo, auténtico en su necesidad del otro, y que reconociendo al otro, también aprende sobre su propia fragilidad.

María también advierte a su hijo sobre lo confundidos que están quienes asocian la “vida buena” con el amasar una fortuna:

Si alguien te dijo mi niño, que el buen vivir lo daba sólo el dinero, para mí no es así. El dinero es importante, y sí, forma parte de nuestro entorno pero no lo es todo. Pues el dinero satisface muchas necesidades de los seres humanos, pero lo que verdaderamente tiene valor es todo lo hermoso que llevamos en nuestro corazón y compartimos cada día.

Y más adelante continúa:

Como puedes ver es sencillo (el buen vivir), pero las personas nos complicamos la vida por cosas que no valen la pena. Por ejemplo: hay personas que trabajan muchas horas al día y pierden ese contacto con su esposa o sus hijos, perdiéndose de muchos momentos importantes, de los cuales no participan por estar ocupados en infinidad de cosas que suelen ser más importantes, y resulta que al llegar a casa, ya el televisor los ha dormido. Algunas veces es por necesidad, pero en muchos casos es por el deseo de cada día poseer más cosas materiales.

Sus palabras suenan a la necesidad de la búsqueda del equilibrio. Es importante para la persona justa reconocer su responsabilidad en lo que atañe a la satisfacción de las necesidades básicas de la familia, pero no como para desatender las afectivas y relacionales, tan básicas como las biológicas, en el sentido de la sobrevivencia. Por otra parte, hay que atender a la relación que se tiene con nosotros mismos, para lo cual se necesita desarrollar una aguda capacidad introspectiva, entre otros casos, para poder determinar si la relación que mantenemos con el trabajo es natural o adictiva. La adicción al trabajo pudiera ser parte de un síndrome de negación a la vida, en todo caso, de reducción protectora de la percepción de un mundo que tememos profundamente y que no estamos dispuestos a enfrentar.

Algo parecido escribe otra estudiante, anteponiendo el *ser* al *tener*, cuando escribe lo siguiente:

Aún con las dificultades que nos plantea la vida cotidiana, ¿es muy descabellado pensar que tenemos una buena vida, porque estamos rodeados de amor y cariño? (...) para mí, el hecho de que vivamos bien no sólo depende de lo material, dado que si por eso fuera, ya habríamos muerto hace tiempo. Sino también de la manera como se tome a la vida, cómo se juegue con ella, y muy importante, la naturaleza de los sentimientos que nos embarguen en cada momento. Con esto quiero decir que la vida, buena o mala depende de cada quien, de tí, de mí, y a su vez, de todos.

¿De quién depende entonces la paz del alma? Séneca dirá que el hombre reconquista su libertad por el restablecimiento de la armonía, el cual a su vez, permite la elevación del alma y el gozo que nace del conocimiento de lo verdadero.

Ha sido curioso para nosotros el observar como intuitivamente los estudiantes universitarios a los que les pidiera la tarea de escribir sobre la vida buena, sin pensarlo mucho, y antes de requerir mayor información, simplemente con mencionar el término, lo vincularon con la idea de la felicidad. Esto sería exactamente lo que Julio, transmitiera con sus palabras:

¿Cómo hacer para que entiendas que la vida nos pone en intensas situaciones que nos llenan de miedos e incertidumbres sobre lo que podría destinarnos el mañana? Hoy te digo que la felicidad, aunque no lo creas, si existe. Por eso te pido despójate de todas tus vestiduras ideológicas, remueve todo el resentimiento de tu ser, permítete amar y ser amado, aléjate del pesimismo y de la imposibilidad de no hacer porque no te dejan, cuando no haces es porque no lo quieres, báñate en las aguas del perdón, agradece cada día por la boconada de aire que circula por tu cuerpo.

En su carta dirigida hacia un ser amado, confiesa que hace un tiempo atrás él era otro, pero que pudo “conocer el fondo del abismo y salir vivo”. Sin saber exactamente a lo que se refiere con el término “abismo” es evidente que quiere expresarnos que ha logrado una conversión de sí. Un volverse otro siendo el mismo, su carta exuda amor y agradecimiento a un ser que le ha devuelto la alegría:

Yo era un hombre triste, amargado, y rayaba en lo egoísta, vivía cansado del camino, sólo me alimentaba el recuerdo de lo pasado, lamentando lo que fue y lo que no pudo ser, lo que tenía y lo que debía tener, eso me enfermaba ocaso tras ocaso, y como un vampiro me alimentaba de cuerpos sin rumbo.

Julio escribe que ha vuelto a nacer, y que tiene conciencia de que es aquí y ahora donde está la felicidad. Y otra cosa, reconoce el haber aprendido “entre tantos papeles llenos de escritores románticos, perseguidores de la filosofía y el buen vivir” lo que ahora quiere compartir con la persona amada. Efectivamente, el tono de su carta es aleccionador, de alguien a quien su experiencia le ha llevado a hablar, a interesarse porque a otro no le pase lo mismo que a él le pasara. A otro a quien intenta convencer de que existe la felicidad, y lo hace a través de un lenguaje sugerente, lleno de imágenes removedoras. Su carta, me recuerda a un párrafo de Séneca en su libro *De la Vida Bienaventurada*:

...el sumo bien es un ánimo que, estando contento con la virtud, desprecia las cosas que penden de la fortuna, o que es una invencible fortaleza de ánimo sabedora de todas las cosas, agradable en las acciones, con humanidad y estimación de los que le tratan. Quiero pues, que llamemos bienaventurado al hombre que no tiene por mal o por bien sino el tener bueno o malo el ánimo, y al que siendo venerador de lo bueno y estando contento con la virtud, no lo ensoberbecen ni abaten los bienes de la fortuna, y al que no conoce otro mayor bien que el que se puede dar a sí mismo, y al que tiene por sumo deleite el desprecio de los deleites. (Séneca, 1952: 44).

¿Cómo pudiera entenderse lo de “tener bueno o malo el ánimo” en el día de hoy?. Me atrevería a relacionarlo con lo que conocemos por actitud. La actitud es una disposición favorable o adversa hacia algún asunto u objeto, cuya asunción determina en buena parte el estado de nuestro ánimo, por ejemplo, en el sentido del optimismo o pesimismo, para estar a tono con nuestra inicial clasificación de las personas. Sin embargo, eso no sería suficiente, haría falta la voluntad, que hace referencia a la posibilidad cierta de “ocuparse” por mantener el estado de ánimo escogido y trabajado. Particularmente interesa la frase “al que no conoce otro mayor bien que el que se puede dar a sí mismo”. ¿Cómo pudiera acrecentarse el respeto hacia sí mismo, si no entiéramos la necesidad del trabajo permanente sobre lo que tenemos y somos?. Aquel que se acostumbra a que todo se le de, sin esfuerzo alguno, así como aquel que vive en la inconsciencia, en el permanente no pensar-se, no se hará merecedor nunca de la virtud, y no tendrá paz, ni felicidad.

Séneca ya advertía sobre la debilidad del carácter de aquel al que todo le sale bien:

Las cosas prósperas suceden a la plebe y a los ingenios viles: y al contrario, las calamidades y terrores, y la esclavitud de los mortales, son propios del varón grande. El vivir siempre en felicidad, y el pasar la vida sin algún remordimiento de ánimo, es ignorar una parte de la naturaleza. ¿Eres grande varón? ¿De dónde me consta si no te ha dado la fortuna ocasión con que ostentar tu virtud? Viniste a los juegos Olímpicos, y en ellos no tuviste competidor: llevarás la corona Olímpica, pero no la victoria. No te doy el parabién como a varón fuerte:

dóytelo como al que alcanzó el consulado o el corregimiento con que quedas acrecentado. Lo mismo puedo decir del varón bueno, si algún dificultoso caso no le dio ocasión en que poder mostrar la valentía de su ánimo. Júzgote por desgraciado si nunca lo fuiste: pasaste la vida sin tener contrario; nadie (ni aun tú mismo) conocerá hasta dónde alcanzan tus fuerzas; porque para tener noticia de sí, es necesaria alguna prueba, pues nadie alcanza a conocer lo que puede sino es probándolo. (Séneca, 1952: 30).

Es pues de humanos, probar el carácter y la voluntad. Y de hombres y mujeres virtuosos el sobrellevar las dificultades. El sentido de la vida no estaría entonces en evitar poner a prueba lo que se es y se siente, sino todo lo contrario, es en los momentos de prueba, cuando afinamos el carácter y nos acercamos a la verdad, por lo menos a la verdad sobre nosotros mismos. Por otra parte, y revisando una carta que nos recuerda el tono socrático, otro joven, Alejandro, hace la siguiente reflexión:

Hace unos días me preguntabas cómo vivir una vida plena, feliz. No sé en verdad qué signifique eso. Poco conozco sobre plenitud y felicidad. Aun soy joven e ignoro mucho sobre la vida, sobre lo que ella sea y sobre cómo vivirla plena y felizmente. Los jóvenes no sabemos acerca de lo que es vivir, porque vivir es difícil, saberlo aun más y siendo joven se evita toda dificultad.

Alejandro se confiesa joven e ignorante. Y sí, es joven, y aunque le falte mucho por aprender y vivir, Alejandro no es lo que parece. Es un lector apasionado de literatura y filosofía, y ahora también se está adentrando en educación, porque desde hace algún tiempo viene atendiendo a chicos más jovencitos que él, les ayuda a preparar sus materias y algunos trabajos, mientras sus padres se encuentran de viaje, o en algunos de sus múltiples compromisos laborales o sociales. En sus ratos libres, Alejandro lidera un club de lectura, se trata de un grupo de adolescentes que bajo su guía se reúnen los sábados para leer en colectivo, lo sé porque además de comentármelo, me he encontrado con algunos de sus miembros las veces que nuestros caminos han coincidido fuera de la universidad.

Con una sentencia que define al sujeto de su carta, al púber, al inexperto, desarrolla su segundo párrafo:

El púber, le discute a la vida la razón, él, necio y terco se enfrenta a ella, al destino, como si pudiera ganar alguna batalla perdiéndolas todas.. Supongo, en principio, que ignoramos esas preguntas (la de cómo vivir una vida plena) porque perseguimos lo fácil y rápido: hacernos ricos pronto, evitando el esfuerzo; graduarnos en la escuela eludiendo estudiar - porque quien más estudia es un tonto...

Una vez más, al igual que nuestros interlocutores anteriores, Alejandro hecha en falta el crecer en "autenticidad", lo cual entre otras cosas significaría que cada uno se hace responsable de su vida y de sus actos. Lo verdaderamente interesante para mí, es advertir como está presente entre estos estudiantes un sentido de la responsabilidad que muchos de los maestros creíamos perdido para siempre, y lo que es peor, considerábamos que no había nada que hacer, que nada llevaría a que "estos jóvenes de ahora"² asumieran el sentido de la responsabilidad. Este "sentido" podría hacer alusión a cuánta de la herencia de las generaciones anteriores habrían de asimilar las nuevas generaciones, para que pudiéramos estar conformes con ellas. Al respecto, hay que tener mucho cuidado, no vaya a ser que tanto celo termine por interpelar al que interpela, es decir al adulto, a ese adulto que acecha al joven para denunciar su caída. Feo papel, el de señalar con el consabido "yo te lo dije", con sabor a reproche y a un amargo y reafirmativo "ya lo sabía". No quisiéramos caer en lo que denuncia Agamben:

² Esta frase nos recuerda a un escrito breve de María Zambrano cuyo título es precisamente el de "Esta juventud de ahora", donde pone en evidencia la incomprensión de un adulto ante la impaciencia de un joven que reclama una herencia de felicidad y cambio radical que no ha recibido, a pesar de las promesas. (Véase a Zambrano, 2007)

Por eso [...] nunca se vio sin embargo un espectáculo más repugnante de una generación de adultos que tras haber destruido hasta la última posibilidad de una experiencia auténtica, le reprocha su miseria a una juventud que ya no es capaz de experiencia. En un momento en que se le quisiera imponer a una humanidad a la que de hecho le ha sido expropiada la experiencia una experiencia manipulada y guiada como en un laberinto para ratas, cuando la única experiencia posible es horror o mentira, el rechazo a la experiencia puede entonces constituir -provisoriamente- una defensa legítima (Agamben 2001: 12)

Algunos adultos, que como ya se dijera o se insinuara, avanzamos por la vida sin hacer nunca más "experiencia", sino cargados de certezas, solemos entender por experiencia el caso, o simplemente el experimento, lo cual pareciera gustar más, por aquello del control, lo cual no deja de ser paradójico en una sociedad donde casi nadie tiene el control de nada. Quizás debimos haber comenzado por ponernos de acuerdo con lo que denominamos experiencia, mejor dicho, a lo que realmente nos referimos cuando se habla de experiencia. La experiencia es aquello que elaboramos cuando nos pasa algo. La experiencia "es incompatible con la certeza, y una experiencia convertida en calculable y cierta pierde inmediatamente su autoridad. No se puede formular una máxima ni contar una historia allí donde rige una ley científica." (Agamben 2001: 14-15)

Por ello es que

La experiencia tradicional (para entendernos aquella de la que se ocupa Montaigne) se mantiene fiel a esa separación de la experiencia y de la ciencia, del saber humano y el saber divino. Es precisamente una experiencia del límite que separa ambas esferas. Ese límite es la muerte. Por eso Montaigne puede formular el fin último de la experiencia como un acercamiento a la muerte, como un llevar al hombre a la madurez mediante una anticipación de la muerte en cuanto a límite extremo de la experiencia. (ib.id 17)

La experiencia entonces no es información, es encarnamiento, y siempre experiencia del límite, de lo que se es y no se es, y una vez que se tiene sucede la muerte, en el sentido de dejar de ser quienes éramos, es posible que seamos más, o también menos, dependerá de nuestra suerte y del propio esclarecimiento logrado. Pero eso sí, una vez acontecida, la experiencia puede ser narrada, y quizás sea esta facultad la más preciada que los seres humanos podríamos dejar como herencia: la facultad de narrar, que responde siempre a una situación de relación entre dos o más seres y que se remonta a tiempos inmemoriales, aquel tiempo donde nos aprestábamos a escuchar para aprender. Para luego, y a partir de nuestras propias palabras, darle sentido a mundo que habitamos. No nos equivoquemos, en apariencia la narrativa pareciera una lección, en el sentido de lo pedagógico, pero resulta que en espíritu, es altamente subversiva, porque constituye siempre una tentación para reexaminar lo obvio. Jerome Bruner en un interesante trabajo nos recuerda que:

Sabemos que la narrativa en todas sus formas es una dialéctica entre lo que se esperaba y lo que sucedió. Para que exista un relato hace falta que suceda algo imprevisto; de otro modo "no hay historia". El relato es sumamente sensible a aquello que desafía nuestra concepción de lo canónico. Es un instrumento no tanto para resolver los problemas cuanto para encontrarlos. (2003: 31)

La narrativa siendo una invitación a encontrar problemas, constituye una profunda reflexión sobre nuestra condición como seres humanos. Nos muestra generalmente dos caras de una misma realidad: nuestros convencionalismos, y por otra, nuestra incesante capacidad para imaginar. Bruner señala:

La narrativa es el relato de proyectos humanos que han fracasado, de expectativas desvanecidas. Nos ofrece el modo de domeñar el error y la sorpresa. Llega a crear formas convencionales de contratiempos humanos, convirtiéndolos en géneros: comedia, tragedia, novela de aventuras, ironía, o no importa qué otro formato que pueda aligerar lo fortuito que nos ha tocado en suerte. Y al hacer esto, las historias reafirman una especie de sabiduría convencional respecto de aquello cuyo fracaso se puede prever y de lo que se podría hacer para volverlo a sus cauces o para dominarlo. (Ibíd. 52-53)

Y esto pasa de la misma manera en relación al Yo. Durante toda nuestra vida estaremos construyendo y reconstruyendo un Yo, con la participación de los recuerdos del pasado y según lo requieran las situaciones por las que transitamos. No se nos puede pasar por alto los proyectos y temores que representa para nosotros el futuro: "Hablar de nosotros a nosotros mismos es como inventar un relato acerca de quién somos y qué somos, qué sucedió y por qué hacemos lo que estamos haciendo. (Ibíd. 93)

Cuando nos toca hablar de nosotros, habrá una serie de temas ineludibles. Uno de ellos es el de la muerte. El hombre es el único ser que puede darle un sentido a la muerte. Y eso no es todo, para vivir significativamente, no nos queda más remedio que pensar mucho en la muerte. Y Alejandro lo sabe, recientemente ha perdido un medio hermano, y eso ha acrecentado su angustia que ahoga con poesía, mucho trabajo y mucho estudio, pero ese sentimiento de desamparo sigue presente en él, lo noto en sus búsquedas, sus conversaciones fuera del aula, las lecturas preferidas que me muestra en una búsqueda de complicidad. Y en su mirada asoma siempre la misma pregunta que no se atreve a hacerme: ¿es posible darle sentido pleno a la vida, a pesar de la tristeza, a pesar del dolor que me invade?

Y Alejandro nos regala esta reflexión, nacida probablemente de la experiencia

Hay un punto amigo, en que vida y muerte se unen y valen lo mismo: dar cuanto se ha recibido, no a cambio de algo, sino dar, sin más, lo que hemos encontrado. A fin de cuentas se es en cuanto se encuentra viviendo [...] vivir es encontrar, amar, en lo difícil, algo de lo que somos.

porque no sólo se ama a otro, sino a la propia vida es por lo que somos éticos, porque nos responsabilizamos por la vida que se nos ha dado como don. Pensar siempre resultará difícil, pero pensar sobre nosotros resultará ser más complicado, porque para hacerlo debemos desprendernos de nuestra intimidad. Ningún tema será menos objetivo que el tema de la vida humana, y con éste, el de nuestras pasiones, angustias, deseos y temores, por ello este conocimiento no podrá hacerse jamás universal, científico. Hablar de una vida despersonalizada, universalizada, sería como hablar de una vida que no es vida, o lo que es lo mismo, de una vida de nadie.

Esto es lo que nos compromete con una pedagogía hermenéutica, cuya orientación es la de acompañar a cada quien en su propia inquietud de ser. Y también, una pedagogía que no crea que educar es transmitir *el* sentido de la vida, porque se trata de una construcción personal. Hablamos de una pedagogía cuyo propósito sea el de incitar a narrar sentidos, de imaginarlos, *de darse cuenta* de que en nosotros se dan sentidos contradictorios. En fin, una pedagogía que empuje a pensar y soñar, a ser auténticos y a esperar la felicidad, mientras se la construye.

Centrados en esta pedagogía es como seguimos escuchando la voz de Alejandro, el joven inquieto que en su carta dice lo siguiente:

Alberto Magno dijo una vez que la poesía es la fuente de la filosofía. Si te digo esto es para que vivas como poeta. Es la vida más digna, pues, según creo está cargada de ética y condición humana. Supongo que eso es plenitud y felicidad. También es amor. Entiendo por pleno y feliz aquello que nos motiva a continuar fieles a nuestras convicciones ¿no es esa la actitud del poeta y del filósofo? Estar de frente al contexto y apropiarnos de él como una narración épica, cómica o trágica, en última instancia, vivir en una cruz, profesando lo que llevamos por dentro.

En Alejandro otro de sus temas es el amor erótico y aunque se confiesa ignorante; sus palabras resultan sabias

Amar es lo difícil. Antes de ser adultos, justo antes, creemos falsamente que desafiamos el destino, que somos valientes, que tomamos las riendas de la vida en nuestras manos y nosotros mismos somos quienes le damos la dirección a los corceles del amor. No se puede estar más equivocado. Hace falta mucha sabiduría para amar, y amar bien, como decía Platón. Puesto que el sabio se hace con el tiempo, con los años, nosotros, apenas sabidos y

vividos en el amor -entre otras experiencias- no contamos con suficiente espacio para abrirnos a lo dificultoso que resulta estar en pareja.

Pero hay muchos tipos de amor, o quizás el amor es uno, pero se vierte sobre distintos objetos. Cuando le toca escribir a otra madre del grupo a su niño de nueve años sobre lo que es el buen vivir, dirá lo siguiente:

El buen vivir es sentirse amado, seguro, protegido, es aprender a manejar pequeñas herramientas para poder construir un futuro donde abunde el amor, pero no sólo el amor de mamá y papá, sino además, el amor por lo que haces, el amor por estudiar, el amor por cuidar tus juguetes, el amor por ayudar a quien lo necesite. (...) Te puedo decir, que el buen vivir es enfrentar las cosas difíciles que a veces nos toca, nos hiere, nos duele, porque el deseo de seguir cada día y aprender de lo que experimentamos, así no sea agradable, cuando logramos superarlo, eso también forma parte del buen vivir. Por encima de todas las cosas malas que tenemos que afrontar, siempre perdurarán las ganas de cambiar y mejorar, porque cuando lloras por algo malo que te ocurre logramos sacar detrás de esas lágrimas una sonrisa, que es como el remedio que calma tu dolor.

Ciertamente, la vida buena tiene mucho de esperanza. Y esta madre prepara a su niño para lo que le ha de venir, aunque como sabemos, en la vida hay más incertidumbre que certeza. Para Gadamer la experiencia, como lo que nos pasa, siempre va ligada a la decepción, y esto es así, porque en toda existencia humana hay expectativas. Y justamente, cualquier experiencia pone en tela de juicio las mismas,

En este sentido la experiencia presupone necesariamente que se defrauden muchas expectativas, pues sólo se adquiere a través de decepciones. Entender que la experiencia es, sobre todo, dolorosa y desagradable, no es tampoco una manera de cargar las tintas, sino que se justifican bastante inmediatamente si se atiende a su esencia. (...) Toda experiencia que merezca este nombre se ha cruzado en el camino de alguna expectativa. (2001: 432).

Cuando le tocara narrar a Felipe sobre lo buena o mala que ha resultado ser su vida, escribe lo siguiente:

Tengo 35 años y viendo mi vida y las vueltas que ha dado, la verdad no puedo quejarme, pero esto lo digo más viendo las vidas de otros que la mía propia...y a veces no veo las vidas de otros, sino sus muertes.(...) Pero voy a confesarte algo antes de terminar esta carta. ¿Sabes qué me hace sentir afortunado, al punto que me da una alegría del corazón hacia afuera y de nuevo hacia adentro, al punto que me siento más afortunado que muchos por eso - y secretamente culpable, al no sentir que lo merezco del todo -, al punto que no cambiaría eso por nada? Mis amigos. Sí, querido lector, yo creo de corazón que sin la ayuda de tanta gente, demasiada para nombrar acá, este que escribe sencillamente no estaría haciéndolo. Que sin el cariño que me han dado mi vida sería igual de dura, estática y seca que una piedra. Entre mis amigos cuento también a mis a mis amores, los cuales he tenido la fortuna de que sean mis amigas y amantes. Sin mis amigos mi existencia sería solo eso, existencia, para nada parecido a una verdadera vida, llena de dicha, dolor, alegría y tristeza por igual. Una vida de verdad.

Me he quedado sorprendida por esta confesión. Resulta que Felipe impresiona como un malhumorado, lo que coloquialmente se conoce por un "aguafiestas". Pero a su favor, destaco que por lo general hace grandes esfuerzos por argumentar sus opiniones, y además, en clase siempre está aportando, sólo que -y probablemente sea un error en mi percepción- me parece que insiste en ver el lado negativo de las cosas como si se estuviese preparando siempre para lo peor. Aunado a esto, me ha parecido que su actitud para con el otro, el compañero, el desconocido, no es amable, pero si educada. Es como si le gustara espantar a la gente que se le acerca, y además, es demasiado radical en sus afirmaciones, dejando poco lugar para la duda. Lo curioso es que en su escrito, por el contrario, notamos que posee un respeto por las distintas perspectivas de los demás sobre las cosas,

y además un alto grado de estima por el concepto de la amistad. Eso no sería posible de no poseer un alma agradecida y por ende, generosa. Pero también en sus palabras hay un recordatorio permanente sobre la brevedad de la vida, y lo fácil que ésta puede perderse.

Sin embargo, quizás no sea tan malo después de todo poseer cierto grado de suspicacia ante la amistad que fácil llega. Séneca advierte: “¿Ves tú a estos que alaban la elocuencia, que siguen las riquezas, que lisonjean la privanza y ensalzan la potencia? Pues o todos ellos son enemigos, o, juzgándolo con más equidad, lo podrían venir a ser; porque al paso que creciere el número de los que se admiran, ha de crecer el de los que envidian. (1952: 43)

Séneca no se pronuncia contra la amistad, sino contra el dejarse llevar, el seguir la corriente, la simple imitación de lo que hace el otro, sin anteponer el buen juicio, y el prudente y objetivo análisis. Porque el moverse como lo hace la mayoría no significa que sea lo mejor. Cada quien ha de hacerse cargo de sus decisiones. Responsabilizarse se convierte en el claro ejemplo de un ejercicio de libertad. Y para aquel que se “ocupa”, y se hace responsable, no hay tiempo para la envidia, ni para la falsa lisonja. Muchas veces, perdemos de vista la importancia de las relaciones con los demás para el establecimiento de la buena vida. Si como dijéramos, la buena vida tiene tanto de equilibrio, ¿cómo podría hallarse éste desconociendo que nos toca vivir en un mundo compartido y comprometernos con él? En una interesante reflexión, Garcés nos recuerda que el compromiso:

Sería así el acto soberano de una conciencia clara que tiene la capacidad de vincularse, por decisión propia, a una realidad que le es exterior.(...) El compromiso es la disposición a dejarse comprometer, a *ser puestos en un compromiso* por un problema no previsto que nos asalta y nos interpela. El compromiso, así, es a la vez activo y pasivo, decidido y receptivo, libre y coaccionado. No se resuelve en una declaración de intenciones sino que pone en marcha un proceso difícil de asumir. El compromiso, cuando nos asalta, rompe las barreras de nuestra inmunidad, nuestra libertad clientelar de entrar y salir, de estar o no estar, de tomar o dejar tantas cosas, como personas, como situaciones. Así, nos arranca de lo que somos o de lo que creíamos ser. Nos incorpora a un espacio que no controlamos del todo. Cuando nos vemos comprometidos, ya no somos una conciencia soberana ni una voluntad autosuficiente. (2013: 64)

Y no existe otra manera de vivir sino es siendo entre otros. Nancy es categórico al decir “el ser no puede *ser* más que siendo-los-unos-con-los -otros, circulando en el *con* y como el *con* de esta co-existencia singularmente plural.” (2006:19) No es posible pensar un yo y pensar un mundo sin pensarnos unos con otros, ya sea frente a, en contra, a pesar, cerca de, tocándose, evitándose, etc.:

Lo que existe, sea lo que sea, porque existe co-existe. La co-implicación del existir es la participación de un mundo. Un mundo no es nada exterior a la existencia, no es un añadido extrínseco de otras existencias: es la co-existencia quien las dispone juntas. Es preciso aún, podría objetarse que exista algo. Kant establecía que existe algo, ya que por lo menos pienso una existencia posible: ahora bien, lo posible es secundario con relación a lo real, y entonces existe ya algo real. . (2006:45)

La existencia es esencialmente co-existencia, lo que quiere decir, que el *con* es la condición humana en la participación del mundo, en la construcción del sentido del mundo, en la posibilidad de ser uno, siempre singular-plural. Siempre uno junto al otro, o por lo menos uno entre otros. Ya lo decía Séneca:

Ninguna cosa hay que tanto deleite al ánimo como la dulce y fiel amistad, siendo gran bien estar dispuestos los pechos para que con gran seguridad se deposite cualquier secreto en aquel cuya conciencia temas menos que la tuya, cuya conservación mitigue tus cuidados, cuyo parecer aclare tus dudas, cuya alegría destierre tu tristeza, y, finalmente, cuya presencia deleite tu vista. (1952: 91)

Un amigo presta el “pecho” cuando nos quedamos sin él, que es precisamente la figura del despecho, que vinculamos a la de la partida del amor, a la del amor sin reciprocidad, la figura que en gran parte inspira la música y letra de algunos boleros latinoamericanos. El despecho, eso que todos hemos padecido, y por el que hemos llorado en solitario, todos los que no tuvimos la fortuna de tener un pecho prestado que llorase con nosotros el abandono, la traición, la fatalidad, la tristeza. Un amigo también lo presta cuando la alegría es demasiado para quedarse en un solo pecho, cuando no es suficiente el tamaño del que poseemos para contenerla. Un amigo siempre hace falta para cantar la alegría del estar vivo, del sentirse bien. De manera, que si no es para compartirla, dígnanos entonces ¿para qué sirve la felicidad?

CIERRE: UNA INTERPRETACIÓN DE LA LECTURA DE CARTAS DE LA BUENA VIDA

Si tuviera que evaluar la experiencia vivida en conjunto con los estudiantes diría que para muchos de ellos el ejercicio de elaborar esta carta ha sido beneficioso. Lo fue para Alejandro, quien presiento escribe para su hermano muerto, para pedirle perdón por no estar allí cuando le necesitara, para otorgarle él mismo el perdón por tanto sinsentido y el dolor que éste causara. Sirvió para que yo cambiara de opinión con respecto a Felipe, con el cual refrescara como si de fina lluvia se tratase, el profundo y elevado concepto de la amistad. Sirvió para que María le dedicase una carta a su hijo, y éste supiera que su madre le quiere infinitamente, porque nunca será suficiente para nosotros el saber cuánto se nos ama.

Sirvió para tomarnos un tiempo para pensar-nos, para expresar-nos, aquellos que públicamente quisieron hacerlo, sirvió para acercarnos a nosotros mismos, mientras encontrábamos las palabras y los giros elegantes que algunos mimosamente ofrecieron. Un ejercicio que nuevamente nos hace pensar que la fuerza del amor es la que mueve el mundo, y que tengo y he tenido el privilegio de volver a presenciar en el teatro de la vida, en el teatro del aula, mientras los actores-estudiantes improvisaban, vivían y hacían suyo el escenario.

Sirvió para volver a darle poder a la epístola. En un tiempo donde aparentemente, ha perdido su tradicional fuerza para orientar y/o superar la confusión, hemos explorado, con sorpresa, su gran potencialidad para generar procesos de reflexión, incluso como tarea académica. No cabe duda que estos escritos favorecen la introspección y la responsabilidad del estudiantado, lo que nos parece deber ser una de las principales motivaciones de la enseñanza, en la mejor tradición socrática. Pero no sólo eso, ha sido una oportunidad para que estos estudiantes ensayaran la potencia de este género, mostrándonos una exquisita sensibilidad, con la gran belleza estética de algunas de estas cartas y lo profundo de sus mensajes. Cuidar el alma, a través de ejercicios del pensar y el hacer, constituyen algunas de las tareas ineludibles de una pedagogía hermenéutica, aquella que estamos empeñados en construir, aquella que pretende dar el justo valor a la escucha activa, la lectura, la escritura, la narración, como procesos sociales de constitución de las subjetividades.

En cuanto a mí, ¿qué pudiera decir? Cada vez que pregunto algo a los estudiantes no dejo de sorprenderme y de aprender con ellos. Quizás esto sea lo más atractivo de la docencia. Es increíble cómo hacen las antiguas preguntas para siempre parecer nuevas en sus bocas, cómo hacen las inquietudes de siempre para transformarse en nuevas lecciones de vida, cómo los viejos propósitos de siempre, se pueden convertir en nuevas demandas para ellos y para mí.

Es como si me contagiaran de juventud, en el sentido de volver a tener ganas de recomenzar, por todo cuanto sé que me falta por entender y vivir. Siempre termino por preguntarme cómo no vi esto y aquello de la lectura hecha y nuevamente interpretada por los estudiantes, siempre me reclamo por no haber apreciado primero lo que esta joven sintiera en su momento y que comparte con nosotros. Son tantas cosas las que me faltan conocer y sentir, que me convengo de que es necesario seguir viviendo. Estoy segura de que eso nos pasa a todos los docentes. Realmente espero que eso les pase a nuestros estudiantes. Me gustaría siempre contagiarles de juventud, de compromiso, de vida, tal y como ellos lo hacen conmigo.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio. *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo. 2001.
- Bruner, Jerome. *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2003.
- Butler, Judith. *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu. 2009.
- De Gaulejac, Vincent. "Prefacio" en Haroche, C. *El porvenir de la sensibilidad. Sentidos y los sentimientos en cuestión*. Buenos Aires: Nueva Visión. 2009.
- Gadamer, Hans Georg. *Verdad y Método I*. Salamanca: Sígueme. 2001.
- Garcés, Marina. *Un mundo común*. Barcelona: Ediciones Bellaterra. 2013.
- García G. Carlos e Imaz, María. *La filosofía helenística: éticas y sistemas*. Bogotá: Cincel. 1986.
- Manen, Max van. *Investigación educativa y experiencia vivida*. Barcelona: Idea Books. 2003.
- Mèlich, Joan Carles. *Transformaciones. Tres ensayos de filosofía de la educación*. Buenos Aires: Miño y Dávila. 2006.
- Nancy, Jean-Luc. *Ser singular plural*. Madrid: Arena Libros. 2006.
- Pérez del Río, Eugenio. *La muerte como vocación en el hombre y en la literatura*. Barcelona: Laia. 1984.
- San Agustín. *De la Vida Feliz*. Buenos Aires: Aguilar. 1959.
- Séneca, Lucio Anneo. *Tratados Filosóficos*. (Traducción de Pedro Fernández de Navarrete) Buenos Aires: El Ateneo Editorial. 1952.
- Zambrano, María. *Filosofía y educación. Manuscritos*. Málaga: Editorial Ágora, 2007.